

MARÍA ORUÑA

LOS INOCENTES



LOS LIBROS DEL PUERTO ESCONDIDO

María Oruña

Los inocentes

Los libros del Puerto Escondido, 6



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© María Oruña, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: © Silas Manhood / Trevillion Images

Primera edición en Colección Booket: septiembre de 2024

Primera edición en esta presentación: enero de 2025

Depósito legal: B. 20.131-2024

ISBN: 978-84-233-6666-8

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

I

La mayor parte de las malas acciones de los hombres vienen a su encuentro enmascaradas bajo la apariencia de la necesidad; luego, cometida la mala acción en un momento de euforia, de temor o de delirio, nos damos cuenta de que podría haberse evitado pasando de largo.

ALEXANDRE DUMAS,
El conde de Montecristo, 1844

Lo único inmutable en este mundo es el cambio, el constante movimiento. Hasta el más tranquilo e idílico de los paisajes palpita en incansable tránsito. Ahora mismo, en este instante, un mirlo acuático sale de su nido hecho de musgo y alza el vuelo. Desde el aire atraviesa sauces, plataneros, castaños y abetos del valle de Puente Viesgo. La naturaleza decora el ambiente de forma poderosa, y el vigor de árboles centenarios despliega una cadena de vida y color que embriaga el ambiente, amable y acogedor. Todavía hace frío, pero el invierno está a punto de despedirse. El mirlo, ajeno a la belleza en la que habita, se desliza con suaves piruetas por el aire. Su pequeña y rechoncha figura negra

dibuja una ruta que sigue el curso del río Pas, de poco calado y aguas cristalinas. El paisaje, frondoso y ya casi primaveral, se despliega bajo su cuerpecillo como un mapa que, al abrirlo, es un sueño.

El mirlo se prepara para descender, sumergirse y cazar. Cuando tome a su presa —tal vez un pequeño insecto—, apenas ningún habitante del bosque apreciará el cambio que supone esa inevitable ejecución, necesaria para la supervivencia; sin embargo, y con las otras muertes invisibles que ya hayan sucedido para entonces en la espesura, todo el ecosistema será distinto.

Pero no perdamos de vista al mirlo. El diminuto pajarillo, que no está hecho para cavilaciones sobre la existencia, comienza a aproximarse al agua. En su descenso, tampoco él aprecia el terrible cambio que está sucediendo en las entrañas del gran edificio con el que comparte el río. Si quisiera, podría desviar su camino y dirigirse hacia el Gran Hotel Balneario de Puente Viesgo para sobrevolar los lucernarios del enorme Templo del Agua, que se esconde como un tesoro en el luminoso sótano de las instalaciones.

Mil metros cuadrados y una enorme piscina a treinta y dos grados centígrados con cascadas, cuellos de cisne, burbujeantes camas de agua y varios jacuzzis. Sin duda, la elegancia de las instalaciones y el apacible paisaje que se aprecia desde sus ventanales hacen del Templo del Agua un agradable y lujoso paraíso. Sin embargo, una dramática turbación parece crecer en su interior. Un crimen, brutal y despiadado, acaba de ejecutarse. Su efecto se desparrama por la instalación como si se tratase de una incontenible cascada llena de veneno. El impío delito va a ser descubierto muy pronto. ¿Quién podría imaginar una forma tan terrible de despreciar la vida?

Acerquémonos. Si nos asomamos ahora mismo al interior del complejo termal, podremos comprobar cómo el joven Pau Saiz, mareado, intenta levantarse de la tumbona. Solo unos minutos antes se había reclinado allí mismo con gesto despreocupado. Ahora, su cabello rubio se adhiere pegajoso a los laterales del rostro por culpa de un sudor frío y enfermizo, y él se pregunta por qué alguien ha apagado las luces. Sin embargo, el Templo del Agua es un lugar blanco y azul, donde las piscinas y los chorros de luz lo llenan todo; la claridad ilumina el espacio desde los grandes ventanales y desde los enormes tragaluces del techo, pero Pau siente que ha anochecido de repente, pues hasta el aire se vuelve a cada segundo más oscuro. El joven, de apenas treinta años, tiene un cuerpo atlético y fibroso, resultado de un ejercicio regular y una vida saludable. Sin embargo, percibe con estupor que sus fuerzas lo han abandonado de repente. Le duelen los ojos, nota la garganta terriblemente reseca y es incapaz de soportar el hedor: es una pestilencia extraña, que aúna el fuerte olor de lo que parece un desinfectante y de algo más, entre dulce y acre, que resulta indescriptible.

Entretanto, y como suele ser habitual en los balnearios, el hilo musical suena suave y tranquilo, cálido. La voz de Noa canta *Beautiful That Way* y parece querer llevar a los usuarios de la piscina hacia el relax definitivo, hacia una especie de paréntesis vital en el que la calma lo inunde todo. Sin embargo, Pau solo ve a su alrededor muertos o a personas que, con suerte, solo han perdido el conocimiento. Algunas flotan ya boca abajo en la piscina, y otras se retuercen en el suelo, tosiendo, vomitando y a punto de desmayarse. Él conoce a todos y cada uno de esos seres humanos que agonizan: habían cerrado el complejo termal para ellos du-

rante dos horas. Una reunión social de trabajo importante, de apenas veinte personas contando a sus acompañantes, celebrada en el balneario. Tras la cena de negocios, un sueño reparador y un copioso desayuno. Unos masajes, algunos tratamientos en la galería de baños bien temprano y el broche de oro en el Templo del Agua. Solo quedaba una reunión para comer y despedirse hasta muchos meses más tarde. ¿Cómo iba nadie a imaginar que aquel baño sería el último?

Por fin, logrando reunir unas fuerzas que se diluyen por no sabe dónde, el joven logra levantarse de la tumbona. Entre la penumbra que es capaz de vislumbrar, comprueba que su tío Iñaki está cerca y se aproxima unos pasos. Transcurren unos segundos hasta que se da cuenta de que su tío ya no respira; en su rostro ha quedado dibujada una terrible mueca de pánico que ahora mira, inexpresiva, hacia el techo de las instalaciones. A su lado, una persona que no es capaz de reconocer echa espumarajos por la boca, y Pau, ya ajeno a cualquier reacción emocional que no sea el espanto y su propio miedo, se sorprende de que un ser humano pueda generar tantísima espuma. Al poco, se da cuenta de que quien agoniza de forma tan horrible es el señor Borrás; a su lado, reconoce a Álvaro Costas, un empresario de Valencia calvo y con sobrepeso que ahora parece dormido, encogido en posición fetal en el suelo.

El joven, trastabillando y tropezando consigo mismo, consigue caminar unos pasos hacia donde recuerda que se encuentra la recepción del Templo del Agua. Aunque no siente frío, su cuerpo comienza a temblar. Le parece distinguir en el suelo, más allá y en la penumbra, a Elisa Wang, la joven directora de comunicaciones de una empresa de Málaga que conoció

la noche antes. Le ha parecido que Elisa al principio estaba sentada, para tumbarse después en un movimiento un poco extraño. Ahora, sorprendentemente, recuerda de pronto cómo la jornada anterior le había impresionado su belleza exótica e híbrida, entre europea y oriental, y su natural elegancia al moverse y al hablar. Su piel le había parecido de porcelana. Ahora la joven está definitivamente tumbada boca arriba, con su largo cabello negro dibujando ondas sobre el suelo. Todos llevaban un gorro para la piscina, pero a ella se le ha debido de caer cuando se ha desplomado. Pau se agacha con torpeza y comprueba que, en efecto, la mujer ha perdido el conocimiento. Intenta reanimarla y la zarandea débilmente sin ningún resultado. Por un instante ella abre sus delicados ojos rasgados, pero al momento parece sucumbir ante el peso de un sueño tóxico y profundo; también él, aterrado, se da cuenta de que su mente se desliza hacia un abismo donde no hay nada, solo silencio y oscuridad. Comprende que, si quiere sobrevivir y lograr salvar a alguien, debe continuar con su idea inicial y salir de aquel espacio lo antes posible. Necesita aire, luz. Dirige su mirada hacia la salida y ve cómo, por fin, al otro lado de unas exuberantes plantas y una cristalera que lo separa de la recepción, una empleada del balneario ya camina hacia ellos y se detiene, atónita, al descubrir la horrible masacre. El hecho de contemplar un oasis de agua tan bello cubierto de personas agonizantes y retorcidas por el suelo debía suponer un impacto para cualquiera. Y no solo resultaba aterrador el dramático lienzo que se había dibujado en solo unos minutos; la incerteza de qué habría podido suceder producía una sensación mucho más inquietante. Ante un accidente o incluso un crimen, un testigo tal vez pudiese reaccionar

de forma más o menos acertada; sin embargo, ante un enemigo invisible que asfixiaba a sus víctimas, ¿qué hacer?, ¿qué decisiones tomar, si ni siquiera la propia integridad estaba a salvo?

Pau cree advertir cómo la mujer gesticula con gravedad, grita y avisa a alguien, para después bajar corriendo las escaleras y dirigirse hacia donde él se encuentra. Al instante comprende la intención de la empleada de aproximarse lo más rápidamente posible, tiene un último instante de lucidez y, mientras ella corre con un gesto de horror en el rostro, logra alzar una mano en señal de que se detenga. Acierta a decir un «No» desesperado y señala, con mano trémula, primero, hacia el montón de lo que él ya cree que son cadáveres o, al menos, personas que han perdido el conocimiento. Después, nervioso, dirige su gesto hacia una pequeña y bonita bolsa que está cerca del cuerpo de su tío Iñaki. Del sencillo recipiente todavía mana un delgadísimo hilo de fluido espeso y extraño, que a pesar de su densidad parece cera líquida transparente. Quiere explicarle que todo comenzó con ese pequeño recipiente, que recuerda que sacaron de una cajita azul, pero no se siente capaz.

La empleada comprende igualmente el mensaje de Pau, tal vez por su señal o por el extraño olor de la sala, y se lleva un pañuelo al rostro para evitar respirar directamente el aire, que ya adivina ponzoñoso. Intenta coger a Pau por la cintura para que se apoye sobre ella y así pueda caminar hacia la salida, pero el muchacho parece ahogarse.

El joven busca serenidad y dominio de sí mismo en su interior e intenta respirar profundamente, pero le resulta imposible. Se siente materialmente incapaz de llenar sus pulmones. El aire, de repente, es como si hu-

biese desaparecido. Pau nota como si de pronto se le vaciase la cabeza, convertida en un recipiente inútil, y se desploma ya sin conocimiento sobre el elegante enlosado.

Entretanto, en el hilo musical, Noa termina la canción y recuerda con su suave color de voz que debemos sonreír sin ninguna razón y amar siempre con la entrega limpia e inocente de los niños. Afuera, el pizpireto mirlo ya ha atrapado un diminuto pececillo y se lo ha tragado en un único gesto. Sale del río y alza el vuelo para continuar disfrutando de la música del agua y de su florido y verde paraíso. Cuando a lo lejos comienzan a escucharse las sirenas de emergencia, el pájaro ya se encuentra recogido en su nido y el mundo aparenta seguir siendo un lugar tranquilo y quieto.

¿Qué quiere decir la palabra *crimen*? [...] Muchos de los bienhechores de la humanidad, de aquellos a quienes el poder no les ha llegado por herencia, sino que se han apoderado de él por la violencia, debieron de ser entregados desde el primer momento al cadalso; pero esas personas llegaron hasta el final, y eso es lo que las justifica.

FIÓDOR DOSTOYEVSKI,
Crimen y castigo, 1866

Si siguiésemos el camino invisible del aire, tal vez hubiésemos podido volar desde el lugar del crimen hacia el norte, donde las olas conversan con la costa desde hace siglos. Allí, a apenas veinte minutos en coche desde el Balneario de Puente Viesgo, existe un pequeño pueblo llamado Suances. Uno de esos lugares en los que ser feliz sin darse cuenta, en los que pasear durante los veranos y a los que regresar con la memoria durante los inviernos. Un muelle lleno de modestos barcos pesqueros, con una costa preparada para los turistas y para rendirse ante la belleza. Cuando el viajero llega al acantilado de los Locos, tan salvaje y

abrupto, tan imponente, sabe que se encuentra ante un refugio. Y no en uno hecho de piedra y paisaje, sino de pura energía natural. Cielo, mar, tierra e inmensidad.

Hacia el interior, al otro lado del precipicio de los Locos, se encuentra Villa Marina, una casona de comienzos del siglo xx reconvertida en pequeño hotel playero. Dispone de acceso directo a un plácido arenal y, dentro de su amplísima finca, una cabaña habita el terreno como si fuese un ser vivo. La pequeña construcción —que está a apenas cien metros del hotel— disimula sus dos alturas con la inclinación de la colina y mira desde su porche hacia la playa de la Concha, que tiene forma de amplia media luna. A pesar de que nos encontramos al final de una mañana de un húmedo mes de marzo, el todavía sol de invierno ofrece un día espléndido, y en el zaguán de la pintoresca construcción dos hombres y una teniente de la Policía Judicial están jugando a las cartas. Al mismo tiempo, terminan de comer una especie de nutrido *brunch* que se despliega en grandes platos sobre la mesa y que ya es prácticamente la comida del mediodía. A sus pies, una perrita beagle llamada Duna parece dormitar inquieta, como si en sueños intentase atrapar a un ratón.

—Seréis tramposos, ¿os estáis inventando las normas! —se queja la teniente, fingiendo indignación—. ¿Seguro que este es un juego genuinamente escocés? Podría llamar a la abuela Emily para comprobarlo —sugiere, con una sonrisa maliciosa que dirige hacia su prometido, Oliver Gordon. Él, que debe de estar a punto de cumplir los cuarenta pero conserva un aspecto juvenil y atlético, alza las manos en gesto de inocencia.

—A mí no me mires, que es este el que está poniendo las normas —se excusa, mirando hacia su amigo Mi-

chael Blake—, y te aseguro que no me suena haber visto a mi abuela jugar a las cartas en la vida.

El aludido, Michael, es un hombre joven —de edad similar a la de Oliver—, pero con un aspecto algo desaliñado. Aunque su ropa es elegante y desenfadada, en su caso parece un elemento accesorio y secundario, como si se la hubiese puesto de cualquier manera. Ahora que se siente directamente interpelado por Oliver, alza las cejas rubias y suspira con un gesto algo amanerado, aparentando con su expresión que está haciendo acopio de todas sus reservas de paciencia, aunque lo cierto es que está conteniendo una carcajada.

—¿Qué culpa tengo yo, si solo somos tres y las normas que me sé del *spoil five* son para cinco? —se defiende. Su acento es extraño, entre inglés y andaluz, resultado de haber recibido clases de español por parte de un profesor sevillano.

—Sabía que hacías trampas —sonríe ella de nuevo, logrando con el gesto que su único ojo verde brille bajo un rayo de sol. Su otro ojo, completamente negro, observa igualmente la jugada con suspicacia. El conjunto de su rostro es curioso: además del chocante contraste de color en la mirada, una estrecha cicatriz dibuja el contorno de la mandíbula.

—¡Me ofendes, Valentina! ¿Trampas yo? ¡Un honorable lord inglés!

—¡Tú no eres lord!

—Oliver —se queja Michael, desviando la mirada hacia su amigo—, dile a tu novia que está creando un conflicto diplomático.

—Os recuerdo que tengo que ir a organizar las salidas del hotel en un rato, ¿das cartas o qué? —replica Oliver con una sonrisa, mirando el reloj y haciendo caso omiso. En realidad, y a pesar de que vive con Va-

lentina en la cabaña, él es el dueño de Villa Marina, y la administra al tiempo que da clases de inglés en la Universidad de Santander.

De pronto, Michael lanza un grito al aire y se lleva la mano al rostro, en un gesto claramente afeminado.

—*Dammit!* ¡Un nueve de diamantes!

Valentina observa con expresión escéptica la carta que Michael acaba de sacar de la baraja. Su actitud le confiere un aire felino y astuto, difícil de describir. Una singular energía que le otorga carisma y un extraño atractivo.

—A ver si adivino, ¿con el nueve de diamantes ganas tú el juego? Qué casualidad, ¿no?

—¡No, no! —exclama él, simulando estar preocupado—. Voy a perder la partida, seguro. ¡Esta carta es la de la maldición de Escocia!

—La maldición de Escocia —repite lentamente Valentina, con expresión de burla.

Después, y mientras espera una explicación inverosímil, echa un vistazo a la pantalla del teléfono móvil. Es su día libre, pero como teniente de una sección de homicidios de la Guardia Civil debe estar alerta. Comprueba que no tienen ningún mensaje; sin embargo, siente una extraña inquietud, como si algún elemento no encajase en el aire de la mañana y estuviese a punto de suceder algo. En efecto, y para confirmar de forma mágica y un poco siniestra su sensación de desasosiego, suena el teléfono. Se levanta y se aleja del porche, dejando que Oliver y Michael continúen con la conversación mientras la pequeña Duna aprovecha para subirse a la silla que ha quedado vacía, como si ahora le tocara a ella jugar a las cartas. Sobre la mesa, el nueve de diamantes reposa boca arriba, como si fuese un presagio.

Valentina Redondo lleva sus pasos de forma automática hacia el interior de la cabaña. Si el motivo de la llamada es serio, tendrá que cambiarse para asistir a Peñacastillo. No utiliza uniforme normalmente, pero tampoco puede acudir a la Comandancia con la ropa deportiva que lleva puesta desde que fue a dar un paseo con Oliver a primera hora de la mañana. El capitán Caruso parece, además, muy agitado. Es un hombre de ascendencia italiana y que normalmente, como en un guiño inconsciente a los estereotipos de sus ancestros, gesticula y exagera bastante al hablar. A veces Valentina cree que solo conserva esa forma de moverse por las visitas que realiza todos los veranos a su familia en Roma, su ciudad natal. Al otro lado del teléfono, el capitán tamborilea los dedos sobre el tapete de su escritorio y siente más que nunca el peso de sus sesenta años. Llevan un rato hablando y a Valentina la información le parece todavía sesgada y confusa.

—Entiendo que es tu día libre, Redondo, pero el tema es grave y te necesito en Puente Viesgo, que no sé si tendremos allí un puto atentado terrorista o qué cojones.

—¿Cómo? Pero, capitán... Lo que me ha contado hasta ahora parece más bien una intoxicación, un lamentable suceso con víctimas múltiples que...

—No, Redondo, esto es más serio, y quiero que te persones allí con tu equipo. No vais a poder acceder al punto caliente hasta que la zona sea segura, pero los bomberos están en ello. Fíjate si nos encontramos o no ante una alarma en grado máximo, que como el agente tóxico es todavía desconocido están teniendo que usar los EPI de máxima protección, con filtros químicos y respiradores independientes a la atmósfera.

—Pero ¿no tienen ninguna pista? Una fuga de gas,

un... No sé, un accidente... Tal vez un elemento radioactivo que...

La propia Valentina se interrumpió a sí misma. ¿Un elemento radioactivo en un balneario que mata a varias personas en solo unos minutos? Estaba pensando en voz alta y, muy posiblemente, solo especulaba de forma vacua, sin sentido. El capitán Caruso, a pesar de su acaloramiento al otro lado de la línea, pareció entender aquel silencio. Tomó aire y comprendió que había ofrecido los datos a Valentina de forma dispersa, sin orden. Volvió a empezar.

—Centrémonos, coño. Visualicemos. Dieciocho personas de un grupo empresarial que se dan tratamientos, masajes y todo el puñetero paquete de bienestar. Después cierran para ellos el Templo del Agua durante dos horas, y a los pocos minutos de llegar a la piscina empiezan todos a desmayarse o a caer directamente muertos. Hasta ahí bien, ¿no?

—Sí, capitán. Pero no me ha dicho todavía cuántas víctimas...

—Ahí está la gracia, ¿ves? Porque solo hay cuatro defunciones. ¡Cuatro! Y pensábamos que eran más, pero resulta que los médicos han reanimado a muchos... Dicen que parecía que estuviesen sedados.

—¿Sedados?

La pregunta de Valentina fue casi una exclamación.

—Ya sé, ya sé. Si eso es cierto, ¿cómo coño los drogaron? De entrada, no parece que los pinchasen ni que haya habido episodios de violencia explícita... Que a lo mejor estaban medio idos por la intoxicación, sin más, ¿eh? Habrá que revisar lo que hayan podido consumir antes de acceder al balneario... —reflexionó el capitán, como si estuviese hablando consigo mismo—. Aun-

que, por lo que sabemos hasta ahora, para el desayuno acudieron al bufet del hotel, como el resto de los huéspedes.

—Bien, ¿y los cadáveres? ¿Ya se ha procedido al levantamiento?

—Todavía no, porque hasta que se identifique el agente químico agresor, la zona no es segura. La UME ya ha sido avisada y está de camino, y de nuestros chicos ya hay dos agentes del SEDEX en Puente Viesgo —le explicó, refiriéndose al equipo GEDEX de la Comandancia que había visto ampliado su servicio de desactivación de explosivos cubriendo también amenazas químicas.

—¿La UME viene para aquí? —se extrañó Valentina, que dejó escapar un exabrupto—. ¡Pero tardarán al menos tres o cuatro horas en llegar desde León! —calculó, todavía sorprendida por el hecho de que se hubiese recurrido ya a la Unidad Militar de Emergencias, que estaba preparada para atentados y riesgos tecnológicos químicos, nucleares, radiológicos y biológicos.

—Ya conoces el protocolo, han enviado un primer vehículo de intervención y tras él irá el resto del equipo.

—Lo que está claro es que, si las víctimas han sido drogadas, esto no ha sido ningún accidente. ¿No hay ninguna pista del elemento contaminante, ningún indicio?

—Una cajita. Es como una puta bolsa de regalo, con lacitos y todo.

—¿Qué?

—Sí, Redondo, es el *summum* de lo retorcido, porque ya hay que ser hijo de la gran puta. El agente tóxico principal estaba en una caja que parecía de productos típicos de balneario, pero que al abrirla tenía un

líquido que me han dicho que parece moco, casi transparente... Bastante asqueroso. Están comprobando ahora que no haya otras fuentes químicas contaminantes.

—Es decir, que iban a por todos los que estaban en la piscina... ¿De qué grupo empresarial estamos hablando?

—Formalmente, de ninguno. Son varias empresas del sector de la construcción y del inmobiliario que colaboran entre ellas. Un BNI corriente, pero de categoría, ¿me explico?

—¿Un BNI? —dudó Valentina, evidenciando que no sabía el significado de aquellas siglas.

—Un *business network*... Empresas independientes que colaboran entre sí pasándose clientes o complementándose... Creo que es a nivel internacional, aunque el que nos ocupa es solo de empresas españolas. Las que estaban en Puente Viesgo mueven mucho dinero, eso lo tenemos confirmado, pero de entrada no nos constan con irregularidades ni con ninguna investigación en curso, aunque todavía tenemos que estudiarlo. Esto es una puta ensalada de empresas, porque unos son vascos, otros catalanes, hay tres valencianos, una de Málaga, dos de Valladolid...

—¿Y todavía no ha habido ningún grupo que reivindique el ataque?

—No, pero ha desaparecido un empleado del balneario. Un tipo que llevaba solo medio año trabajando en las instalaciones y que se encargaba del grupo.

—Habrà que tirar de ahí...

—Ya se ha ordenado un dispositivo de búsqueda.

—¿Y los testigos? Si han sobrevivido catorce...

—Esa es otra, Redondo. Creo que están todos en el hospital o de camino, aunque de momento no parece

que ninguno se encuentre operativo para un interrogatorio. Pero atenta, que nos faltan tres.

—¿Tres?

—Sí, porque el grupo completo era de veintiuno... Tres de ellos habían decidido no acudir al Templo del Agua en el último momento, por lo visto para ver las cuevas de Puente Viesgo.

—¿En el último momento? Qué casualidad, ¿no?

—Ahí está, qué casualidad. Habrá que revisar los detalles.

—¿Tienen antecedentes?

—No, los muy cabrones parecen hermanitas de la caridad, están limpios.

—¿Y las víctimas? Podría tratarse de un ajuste de cuentas o de un tema empresarial que...

—Ya hemos considerado esa posibilidad —atajó el capitán—, pero salvo alguna multa de tráfico, parece que las víctimas están todas limpias.

Se escuchó un resoplido al otro lado del teléfono. Valentina estaba pensando.

—Tendremos que profundizar en el historial de los tres que no estaban en el balneario.

—Espera —se excusó Caruso, con tono apurado. Al fondo podía notarse mucha actividad: voces, papeles, teléfonos sonando; el capitán dio un par de indicaciones y continuó con la conversación—. Ya tengo a la prensa volviéndome loco con este asunto... Qué cabrones, no sé cómo se enteran siempre tan rápido. ¿Qué me decías? Ah, sí... —resolvió él mismo tras un segundo—. Una de las personas que se fue a las cuevas es hija de una de las víctimas y prima de uno de los heridos de mayor gravedad... De modo que trabajemos con tacto, ¿eh, Redondo?

—Sí, capitán.

—Allí ya está Riveiro con el cabo Camargo, está todo controlado, ¿conforme? No hace falta que salgas a toda velocidad ni nada parecido, porque hasta que sea seguro el punto caliente no van a dejar pasar a nadie, pero en cuanto llegues me informas y quedas atenta al *display*, ¿estamos?

—Estamos.

Valentina colgó el teléfono y se quedó mirando la pantalla a la que su capitán le pedía que estuviese permanentemente atenta. ¡Qué caso tan extraño! Sin duda, le faltaba mucha información para componer una idea real y completa de aquel crimen masivo. Desde luego, lo que había sucedido no era habitual. Normalmente, los asesinatos seguían patrones claros y casi siempre obedecían a razones personales, pero el hecho de que hubiesen atacado a tantos individuos al mismo tiempo suponía una forma de agresión con pocos o ningún precedente en la zona. ¿Qué oscuro y siniestro móvil podía tener una acción tan cruel como aquella? ¿Qué tóxico habrían empleado? Sin duda, sus efectos sobre el cuerpo humano debían de haber sido terriblemente dolorosos.

Para Valentina, el mal era un concepto perfectamente definible, perverso y enfermizo, pero en un caso como aquel le resultaba difícil comprenderlo y asimilar sus verdaderas dimensiones. Avanzó con paso decidido hacia el dormitorio para cambiarse, y allí encontró a su enorme gata siberiana, Agatha, acurrucada junto a la ventana. El felino no dormía, sino que la miraba fijamente, en alerta, como si supiese lo que acababa de suceder y lo que estaba por venir. Valentina pasó rápido por su lado y le acarició el lomo mientras calculaba cuántos respiradores había en la Comandancia, preguntándose si aquel material podría proporcionar

verdadero aire limpio, independiente de la atmósfera exterior. En realidad, sabía que no podría acceder al lugar del *atentado* hasta que hubiese sido eliminado el peligro, pero en su mente ya preveía cualquier posible emergencia ante la cual, aun saltándose el protocolo, tuviese que intervenir. Al instante, Valentina entornó los ojos. Se acababa de dar cuenta de que resultaría imprescindible avisar al subteniente Sabadelle, con el que no siempre tenía una relación fácil. Solo él y Riveiro habían hecho el último curso de actualización de NRBQ contra agentes nucleares, radiológicos, biológicos y químicos. La teniente tomó aire y marcó el número del subteniente. En aquel asunto iba a necesitar a todo su equipo. Sin excepción.

Tras hablar con Sabadelle, Valentina terminó de cambiarse y salió a despedirse de Oliver y Michael. Ambos continuaban enredados en su conversación sobre la supuesta maldición de la carta del nueve de diamantes, y tardaron un rato en percibir que ella había vuelto. La teniente, a pesar de que era plenamente consciente de la urgencia que la requería, se retuvo a sí misma durante unos segundos. Disfrutó aquellos instantes guardando un discreto silencio, como si la escena casera la atase a una realidad más amable.

Michael leía en tono declamatorio, algo exagerado, una información que al parecer acababa de buscar en internet en su teléfono móvil.

—... Y fue el duque de Cumberland quien en el siglo XVIII ordenó por escrito, en el dorso de un nueve de diamantes, que se aniquilase a todos los supervivientes de la batalla de Culloden, y desde entonces se asegura que...

—¡Qué pesado! —negó Oliver, interrumpiéndolo—. ¡Fue eso, pero con la matanza de Glen Cloe, en el siglo xvii!

—Que no, *quillo* —replicó el otro, categórico—, que es lo que dice aquí de Culloden. O eso, o que cada noveno rey de Escocia era un tirano, ya no me acuerdo. Además, ¿qué es eso de Glen Cloe?

—Ah, pues resulta que como los jacobitas habían perdido la guerra, tenían que jurar lealtad al nuevo rey... Iban a hacerlo, pero el correo postal en las Tierras Altas no era lo que se dice muy veloz, de modo que entre las ganas que les tenían a los MacDonald y la excusa de que aún no había sido confirmado el nuevo jurament...

—¿Qué MacDonald, los de las hamburguesas?

—¡Y yo qué sé! —se rio Oliver, encogiéndose de hombros; él era inglés de ascendencia escocesa y hasta tenía casa familiar con su padre y su abuela Emily en Stirling, al sur de Escocia, pero desconocía muchos detalles de la historia de los clanes—. Pero sí te aseguro que se cargaron a sangre fría a más de treinta MacDonald, que en realidad sí habían jurado lealtad... Y, de rebote, liquidaron a más de cuarenta familiares que tuvieron que huir a las montañas de Glen Cloe y murieron de frío.

Michael escuchó con atención. En su calidad de clarinetista y compositor, con frecuencia parecía encontrarse un poco en otro mundo, donde la música lo llenaba todo. Sin embargo, su agudo y punzante sentido del humor revelaba que estaba realmente atento a lo que sucedía en su entorno. Frunció el ceño e hizo una leve mueca de resignación.

—En fin, aquellos soldados cumplían órdenes, *man*.

—No, Michael —negó Oliver—, lo que pasó fue una salvajada. Ya entonces tuvo que suponer un re-

vuelo tremendo, porque si no ni siquiera habría llegado a nuestros oídos.

—Eran otros tiempos. O clavaban el cuchillo o les rajaban la garganta, qué te crees. El verdadero responsable sería quien diese la orden, no los soldados.

Valentina reveló por fin su presencia, se reclinó sobre la mesa e intervino.

—Es curioso, ¿no? Según las normas de cada época, uno puede ser un asesino o un héroe. Todo es muy relativo.

Michael la observó con curiosidad.

—Tú trabajas en un cuerpo militar, Valentina. Eres una soldado y siempre harás lo que...

—No —corrigió ella—, soy teniente de una sección de homicidios, no una soldado. Es muy diferente.

—Vale, pero obedeces órdenes.

—Solo bajo normas, valores y parámetros que he aceptado previamente.

Michael miró a Oliver.

—¿Siempre es así de sabidilla?

—Siempre —confirmó él con gesto de pesar, como si la situación fuese muy grave. Después le hizo una señal a Valentina y dirigió la mirada hacia su teléfono móvil. Ella comprendió que le preguntaba quién la había llamado. Iba a responder cuando Michael retomó el asunto de los crímenes, dirigiéndose precisamente a ella.

—En fin, que yo creo que me entendéis, ¿no? Yo solo quiero decir que cada cual sigue el sistema que le toca, y esos soldados cumplieron órdenes simplemente por obediencia y para sobrevivir.

Oliver se llevó la mano derecha a su cabello oscuro, que peinó con el gesto de forma automática. Después dirigió su mirada azul cobalto hacia su amigo.

—Es la paradoja del crimen; ya sabes eso que di-

cen... Mata a un hombre y serás un asesino; mata a millones y serás un conquistador...

—Ah —lo interrumpió el propio Michael—, ¿eso no es de Jean Rostand? ¿Cómo terminaba? —se preguntó, concentrado, para cambiar el gesto cuando pareció recordarlo—. ¡Mátalos a todos, y serás un dios!

Valentina suspiró. Aquella conversación prometía, pero no podía demorar más su salida hacia Puente Viesgo.

—Siento perderme vuestro debate sobre las paradojas de la humanidad, pero —sonrió, al tiempo que hacía una reverencia a cada uno—, Sócrates, Platón, tengo que marcharme inmediatamente. Quien me llamaba antes era el capitán Caruso —añadió, con una significativa mirada a Oliver, que cambió el gesto hacia una expresión de intranquilidad.

Un día libre, llamada de la Comandancia. Mal asunto.

Valentina explicó de forma somera por qué se marchaba en su día de descanso a trabajar, dejando a Oliver todavía más preocupado. No era para menos: se dirigía de forma deliberada hacia la zona caliente del incidente, donde un agente agresor químico sin identificar había tumbado a más de una docena de personas en solo unos minutos.

—¿Estarás bien, seguro? ¿Quieres que te acompañe?

—¿Te acompaño yo a dar clases a la universidad?
—replicó ella con sorna.

—No, pero allí no corre peligro mi vida.

Ella se rio y miró a Michael, que estaba a solo unos metros.

—Michael, si nos atacase ahora un intruso, ¿quién querrías que te defendiese?

—Tú, por supuesto —sentenció él, fingiendo de forma exagerada absoluto convencimiento. De pronto, pareció surgirle una duda—. En la Guardia Civil os enseñan artes marciales y esa clase de cosas, ¿no?

Ella sonrió y se mordió el labio inferior; negó con el gesto, despidiéndose y dándole un largo beso en los labios a Oliver, que la siguió con la mirada. Se casaban en solo dos semanas, y él ya se había resignado a que Valentina se viese siempre enredada en casos que resultaban, como mínimo, inquietantes. Michael se acercó a su amigo.

—Tranquilo, si es un gas tóxico, con que no respire no le pasará nada.

—¿Qué?

—Era broma. ¿No ves que tienen máscaras?

Valentina todavía pudo escuchar alguna otra frase mientras se alejaba, sabiendo que las chanzas de Michael no tenían como objeto restar importancia al peligro, sino desafiarlo en la medida de lo posible. ¿Cómo iba ella a imaginar que aquel asunto cambiaría su perspectiva de las cosas y de la vida para siempre? Cuando se montó en el coche, pudo ver a Agatha en la puerta de la cabaña. Normalmente era de carácter desapegado y huidizo, aunque a veces, sin motivo aparente, se refugiaba en su regazo durante un rato, sin mirarla, para después volver a desaparecer. Ahora, la enorme y peluda gata de color claro maullaba de forma lastimera y serena, como si ya hubiese asumido una pena muy profunda. La teniente Redondo no supo adivinar si el felino reflejaba su propia tensión o si, como una advertencia, lamentaba con un sexto sentido lo que estaba a punto de suceder.